

ENRIQUETA ROMERO, GUARDIANA DE LA MUERTE

Enriqueta Romero: Guardian Of Death

DAMIÁN QUIROGA

Universidad Nacional de Colombia · Bogotá

Artículo de investigación recibido: 20 de octubre del 2010 · aprobado: 3 de diciembre del 2010

RESUMEN

Este artículo se propone ilustrar la noción de “retrato etnográfico” a través de un conjunto de retratos de la señora Enriqueta Romero, doña Queta, y de su figura de la Santa Muerte. Tal conjunto de fotografías muestra algunos escenarios del famoso local ubicado en el barrio Tepito (México D. F.) que no han sido registrados por los medios masivos de comunicación, mismos que han hecho famosa a la figura de la Santa Muerte en toda Latinoamérica durante los últimos años. Doña Queta permitió el registro de estos espacios y concedió el permiso para su publicación.

Palabras clave: *cultos religiosos, culturas populares, multirreligiosidad, Santa Muerte, secularización, sincretismo.*

ABSTRACT

The objective of this article is to illustrate the notion of “ethnographic portrait” through a series of portraits of Enriqueta Romero, known as “Doña Queta”, and her image of Holy Death. The group of photographs shows some of the aspects of the famous shrine located in the neighborhood of Tepito (Mexico City) never before registered by the mass media. Doña Queta authorized the photographs of those spaces that have made the image of Holy Death famous throughout Latin America in recent years, as well as their publication.

Keywords: *religious cults, popular cultures, multi-religiosity, Holy Death, secularization, syncretism.*

La idea de modernidad reemplaza, en el centro de la sociedad, a Dios por la ciencia y, en el mejor de los casos, deja las creencias religiosas para el seno de la vida privada.

ALAIN TOURAINE, *Las luces de la razón* (1995)

INTRODUCCIÓN

Los cultos religiosos han sido objeto de estudio recurrente en la antropología, constituyéndose en escenarios de un fuerte contenido simbólico. La disposición material, corporal y toda la parafernalia que los acompaña, conforman una suerte de síntesis de significados de la que, en ocasiones, la virtud descriptiva de la imagen es la única que puede dar cuenta eficiente en todas sus dimensiones; no en vano la antropología visual se consolida como una vertiente independiente destinada a generar un lenguaje autónomo, trascendiendo el rótulo de simple medio de presentación.

Este ensayo fotográfico se inscribe dentro de lo que quiero denominar “Retrato etnográfico”. Con el uso de este término no me refiero a la práctica fotográfica decimonónica orientada a la producción de imágenes de aborígenes, retratados acorde con un esquema sistemático y repetitivo, produciendo piezas museográficas; por el contrario, hago uso de él en términos del afán de descripción “objetiva” —aunque claro, la objetividad se refiere a una intención previa, ya que no se puede obviar la presencia del fotógrafo, así como no puede ser obviado el observador etnográfico en el contexto de observación— persiguiendo así, coherencia visual entre forma y contenido. Es, en resumen, un relato visual, que aborda suficientemente al (los) sujeto(s) en el contexto particular, en cada toma y en el conjunto de la secuencia. Para este caso, la persona de Enriqueta Romero y las prácticas religiosas inherentes a su vida.

LA EMERGENCIA DE LA SANTA MUERTE

El 31 de octubre del 2001, la Santa Muerte trascendió los altares privados de sus devotos para alzarse en la plaza pública de la calle Alfarería (colonia Morelos) en el barrio Tepito, México D. F. Tepito es

un antiguo y céntrico barrio de galerías atiborradas de comercio, el cual no es ajeno, incluso, a prácticas ilícitas como el tráfico de armas y drogas, con todas las consecuencias obvias que estas actividades traen. También, Tepito ha sido históricamente cuna de boxeadores, en cuyas vecindades han surgido incluso glorias nacionales. Este y muchos rasgos más le han dado el apodo de *Barrio Bravo* como es conocido en todo el país. En esta calle, doña Enriqueta Romero Romero, de alrededor de 60 años de edad, posee desde hace varios años un local donde vende imágenes de la Santa.

Ese 31 de octubre, Enriqueta Romero instaló frente a su local, en plena calle Alfarería, a La Santísima Muerte, una figura de cerca de dos metros —regalo de uno de sus hijos—, manifestando que le *pareció bien*, porque al día siguiente se celebraba el día de muertos. Cuenta que esa noche le rezaron el rosario, el primero de muchos en ese lugar, tradición que no solo se mantiene hasta el presente sino que ahora cuenta con la participación de centenares de devotos. Sin embargo, esta fue la primera vez que se hacía abiertamente, ya que históricamente la devoción a la Santa había sido una práctica privada, incluso personal; y aunque esta fe no es nueva, sus orígenes son difíciles de dilucidar.

Al respecto, investigaciones como *La Muerte santificada* de Perla Frago (2007) vinculan su existencia con una larga tradición europea de personificaciones de la muerte que aparecen desde el siglo XVI, en donde ya se vincula con las connotaciones fatales y su correspondiente iconografía, integrada por el reloj de arena, el mundo y la guadaña. La autora relata cómo esta vino a encontrarse con la fuerte tradición prehispánica de culto a los muertos, común en todas las culturas mesoamericanas, en las que la muerte era asociada a fuerzas de destrucción y creación, familiar a la figura de deidades como Mictlantecuhtli, dios de la muerte.

Frago (2007), al igual que Adeath & Kristensen (2008), asevera que la primera mención conocida se encuentra en el clásico de Oscar Lewis (que fue publicado en 1961) “Los hijos de Sánchez”, donde una de sus protagonistas, Marta, cuenta que su hermana Antonia le dice que “cuando los maridos andan de enamorados se le reza a la Santa Muerte”. Sin embargo, en tiempos posteriores y aún hoy, la mayor parte de referencias escritas y mediáticas se han hecho por cuenta de periodistas, quienes en un principio dieron rienda suelta

al sensacionalismo, vinculando la imagen con sacrificios humanos y rituales satánicos, aparentemente a partir de la detención, en 1998, de un tristemente célebre homicida y secuestrador llamado Daniel Arizmendi, lo que al parecer difundió la idea de ser un culto de grupos delictivos en el imaginario común.

Por mucho tiempo, como guardiana del altar, doña Queta¹ tuvo que afrontar las visitas de los periodistas, quienes reflejaban en las notas escritas los estereotipos o relatos sensacionalistas de su invención, relacionando en ellos permanentemente el culto al satanismo, al narcotráfico y al delito, sucesos que, según cuenta, nada tenían que ver con la realidad.

Ella ha manifestado una sensibilidad especial al respecto, por cuanto considera que estos estereotipos difunden una imagen equivocada de la Santa y de quienes la adoran. Dice que “al altar llega todo tipo de gentes incluso prostitutas y rateros que se dedican a actividades ilícitas, de igual manera hay criminales que le piden a la Virgen de Guadalupe o a San Judas Tadeo” (Fragoso, 2007, p. 59); santos que sí son aceptados y hacen parte del panteón católico. La Iglesia considera el culto a la Santa como un culto pagano, a tal punto que el episcopado mexicano convocó recientemente ante los medios al arrepentimiento masivo y entrega de efigies de la muerte a los pies del Cristo del Veneno, un crucifijo considerado milagroso y emblemático, capaz de redimir el mal.

LA SANTA MUERTE, UNA SANTA AMIGA

Doña Enriqueta Romero, doña *Queta*, afirma conocer a la Santa desde hace ya más de medio siglo, desde cuando tenía diez años, ya que una familiar suya era devota (Fragoso, 2007, p. 109). Hoy, *la niña blanca, la gran dama, la señora blanca, la santísima o la flaquita*, como a doña Queta le gusta llamarla, son algunos de los apelativos con los que la conocen; estos nombres denotan santidad, señorío, elegancia e incluso cierta familiaridad e informalidad. Este último es un rasgo común, ya que si algo marca la relación de los devotos con ella es la no-adscripción a reglas rígidas: allí caben la informalidad que rebasa la concepción que habitualmente se tiene de lo sagrado; de este

1 Como es llamada afectuosamente doña Enriqueta Romero.

modo muchos de sus devotos manifiestan premiarla, regañarla, castigarla como a una niña, por lo que su trato con la Santa no se limita a un único modo de relación; no se le ruega como a otros santos, se le pide incluso que “eche una mano” y cada quien la crea al amaño de sus condiciones y sus expectativas.

Parte de esta condición libre, no adscrita a reglas rígidas y mediada por el sentir de cada devoto, tiene una fuerte relación con el hecho de estar mayoritariamente practicada por sectores sociales con un rasgo compartido: “la vulnerabilidad o fragilidad social”, como lo define Fragoso, “caracterizada por ser una zona intermedia entre la inclusión y la exclusión que tiende a mayor proporción en esta última pero en la que pueden permanecer indefinidamente” (2007, p. 35). También son parte de sus devotos aquellos quienes por su profesión o situación enfrentan riesgos o están en un constante estado de zozobra —comerciantes informales, trabajadores independientes, taxistas, migrantes, obreros, homosexuales, policías, soldados, jóvenes marginados, delincuentes, amas de casa de barrios populares, prostitutas (Fragoso, 2007, p. 2).

Siempre, cada uno de ellos ofrenda acorde con “lo que nazca del corazón”, como dice doña Queta, como única condición para recibir favores de la Santa. Incluso el rosario, que es una tradición en este altar, no es condición *sine qua non* de la creencia, y cada quien acuerda una promesa, una periodicidad o bien las ofrendas del caso. Son frecuentes los cigarrillos, el alcohol, las manzanas y los dulces que permanentemente están dispuestos en el altar.

Doña Queta, al igual que otros devotos que comparten la fe por la Santa, es ejemplo de cómo coexisten este tipo de creencias con el credo católico. Al respecto, doña Queta se describe como creyente mas no practicante del catolicismo como tal; conversando con ella manifiesta rechazo contra las prácticas clericales y la jerarquización dentro del catolicismo. Resalta que la fe es lo único verdaderamente vinculante con la Santa o con Dios; ya que esta es la mediadora entre el destino del hombre y Dios, la relación parece ser una constante en la creencia y se ilustra constantemente en las oraciones a la Santa, por ejemplo en este fragmento del Rosario:

Santísima Muerte, ten piedad de nosotros.

San José esposo de María, ten piedad de nosotros.

Santos Pedro y Pablo, ten piedad de nosotros.

Santos Domingo y Francisco, rueguen por nosotros.
San Juan de la Cruz, rueguen por nosotros.
Santa María Magdalena, rueguen por nosotros.
Santa Teresa y Catalina, rueguen por nosotros.
Todos los soldados de la oración e intercesores del cielo,
rueguen por nosotros.
Todos los grandes santos de nuestro Señor, rueguen por
nosotros.
Todos los ángeles y arcángeles, rueguen por nosotros.
Todos los huéspedes del cielo, rueguen por nosotros.
(*Rosario a mi santísima muerte*, s. f.)

Como esta oración, otras tantas dan cuenta del tratamiento que se le da al lado de otros santos del panteón del catolicismo. Es ella quien los presenta ante Dios, como lo señala este folleto anónimo citado en el libro *La Muerte de tu lado* de Adeath y Kristensen (2007):

No me insultes ni me juzgues, puesto que soy una obra más de tu creador. Yo no soy culpable de que me digan Santísima Muerte si es que eso te molesta. Recuerda que Jesucristo, hijo de Dios Padre, murió y así resucitó. Yo soy el espíritu de luz que te lleva hacia Él cuando tu alma se desprende de tu cuerpo y tienes que rendir cuentas de tu vida.

La fe hacia la Santa, a la vez que gana adeptos, parece debatirse en el ámbito público en posiciones diferenciadas: la de sus devotos, que ven en ella a una Santa particularmente cercana, y la de los poderes públicos a la cabeza del clero y de sectores conservadores que quieren vincular la imagen con el paganismo y con la legitimación de prácticas ilícitas, hecho no ajeno a cierta persecución que han denunciado los creyentes.

LA GUARDIANA, DOÑA QUETA

La primera sensación que tuve al ver a la Santa fue sobrecogedora: observar su alta figura de dos metros vestida de blanco y con una larga cabellera ligeramente enmarañada; sus manos estaban adornadas con infinidad de anillos y cadenas de oro y a sus pies varias figurillas de ella en diferentes escalas. La primera impresión puede tener cierto

halo tétrico, sin embargo, la interacción con la guardiana mitiga rápidamente ese impacto.

Doña Queta es una persona cordial, vehemente y clara; revela franqueza y determinación, lo que de entrada aparta cualquier relación que pueda haber entre prácticas subrepticias y la esquelética figura de la Santa, como repetidamente la prensa lo quiso hacer ver. Mientras nos conduce al interior de su casa, ella nos relata orgullosamente que tiene diecisiete bisnietos, cincuenta y siete nietos y siete hijos; se torna emotiva cuando habla una de la más pequeña de sus nietas que, dice, salió “güerita”², “divina” al tiempo que nos invita a trascender el espacio público y abierto del altar y del local en el que se gana la vida junto con su compañero de vida don Ray comerciando figuras de la Santa.

El espacio interior de su hogar, al que no permite el paso de la prensa, de la cual desconfía, está matizado con infinidad de imágenes de la Santa enmarcadas en las paredes. Una habitación está destinada únicamente a este uso: en todo el interior o en repisas según su tamaño se encuentran incontables efigies de la Muerte de muy diferentes características y procedencias; en el pasillo intermedio hay un altar santero, que realmente serían muchos, con infinidad de imágenes de las siete potencias santeras y los Orishas, a los que doña Queta lleva ofrendas, como pan y juguetes.

Cuando habla de Elewá, se le iluminan los ojos, y al tiempo que nos muestra la imagen, le habla, como consintiendo un hijo; nos regala a cada uno sendas figuras en arcilla de Elewá, y a mí una imagen de este que me llamó la atención en su altar, donde se ve un niño negro con una venda en los ojos debajo de un árbol, al parecer en la noche. “Una pelotita para mi Elewá lindo, un carriiiiito” dice y aprieta los labios en un gesto de ternura. Nos cuenta como ofrendarle al Orisha.

Su alcoba tiene infinidad de elementos, entre ellos un área a manera de taller donde viste diversas figuras de la Santa Muerte, algunas de ellas emparentadas con la figura de la Catrina³ con ciertas variaciones

2 ‘Güero’ o ‘güera’ es un término con el que comúnmente se denomina en México a una persona de cabellos rubios u ojos claros.

3 La Catrina es una popular figura mexicana que —originalmente llamada calavera Garbancera— está tocada con un sombrero lujoso de corte francés. Fue creada por el artista José Guadalupe Posada para satirizar la clase alta de México y sus maneras afrancesadas en la época del porfiriato. Hoy su popularidad sobrepasa el

en el vestuario como escotes, estilos de sombreros u otras cosas. Esto entra en relación con lo lúdico, reiterando además la fuerte relación que existe entre la devoción, el culto y la dimensión estética, un rasgo por demás distintivo: los detalles de las figuras dan muestra de minucia y dedicación a su factura. Allí también se puede ver, en un clóset de tubo, el suntuoso vestido blanco con que vestirá a la Santa en el cercano 31 de octubre. Acostumbran a vestirla como novia en esa fecha del año.

El culto a la Santa Muerte en el altar de Tepito puede ser leído en diferentes horizontes; a través de la figura de doña Queta parece vislumbrarse una progresión sintomática del cambio en la lógica del culto, que abarca los espacios públicos a la vez que se define bajo una tendencia fusionada, diversa y de apropiación de los significados. Fragoso lo inscribe en la lógica del *ethos* barroco que opera en el ámbito simbólico: la resolución de la realidad contradictoria del capitalismo, en el cual “la circunstancia define la moralidad y no al revés” (2007, p. 10). Lo anterior va de la mano con un desencantamiento de lo sagrado y una clara secularización, hacia alternativas más funcionales que operan en el plano de la individualidad: el fenómeno cobra mucha relevancia cuando se vincula con el proceso de la acelerada secularización que sufren las instituciones religiosas. Sin embargo, esto sería objeto de un análisis más detallado.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a la historiadora Perla Fragoso, estudiosa del culto a La Santa Muerte, quien tras meses de trabajo de campo en la calle Alfarería (Colonia Morelos, México) en el marco de su tesis en Antropología Social, forjó, además de un valioso producto investigativo, una relación cercana con doña Enriqueta Romero, a quien me presentó. Las conversaciones de las dos, así como dicha tesis, se constituyeron en las fuentes fundamentales para acercarme al entendimiento de este culto y abordarlo visualmente.

conocimiento sobre las razones de sus orígenes, de modo que se reproducen en todos los contextos y mercados populares figuras, con diversas variaciones. La Catrina es considerada por muchos como un ícono nacional.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Adeath, C. y Kristensen, R. (2007). *La Muerte de tu lado*. México D. F.: Colección Libros de la Meseta.
- Fragoso, P. (2007). *La muerte santificada. La fe desde la vulnerabilidad: devoción y culto a la Santa Muerte en la Ciudad de México* (tesis de maestría en Antropología Social). México: Ciesas.
- Fragoso, P. (en prensa). De la “calavera domada” a la subversión santificada. La Santa Muerte, un nuevo imaginario religioso en México. *El Cotidiano. Revista de la Realidad Mexicana Actual*, 167, mayo-junio. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Rosario a mi santísima muerte* (s. f.). [Documento en línea]. Consultado el 10 de febrero del 2011 en www.lasantamuerte.net/rosario.html



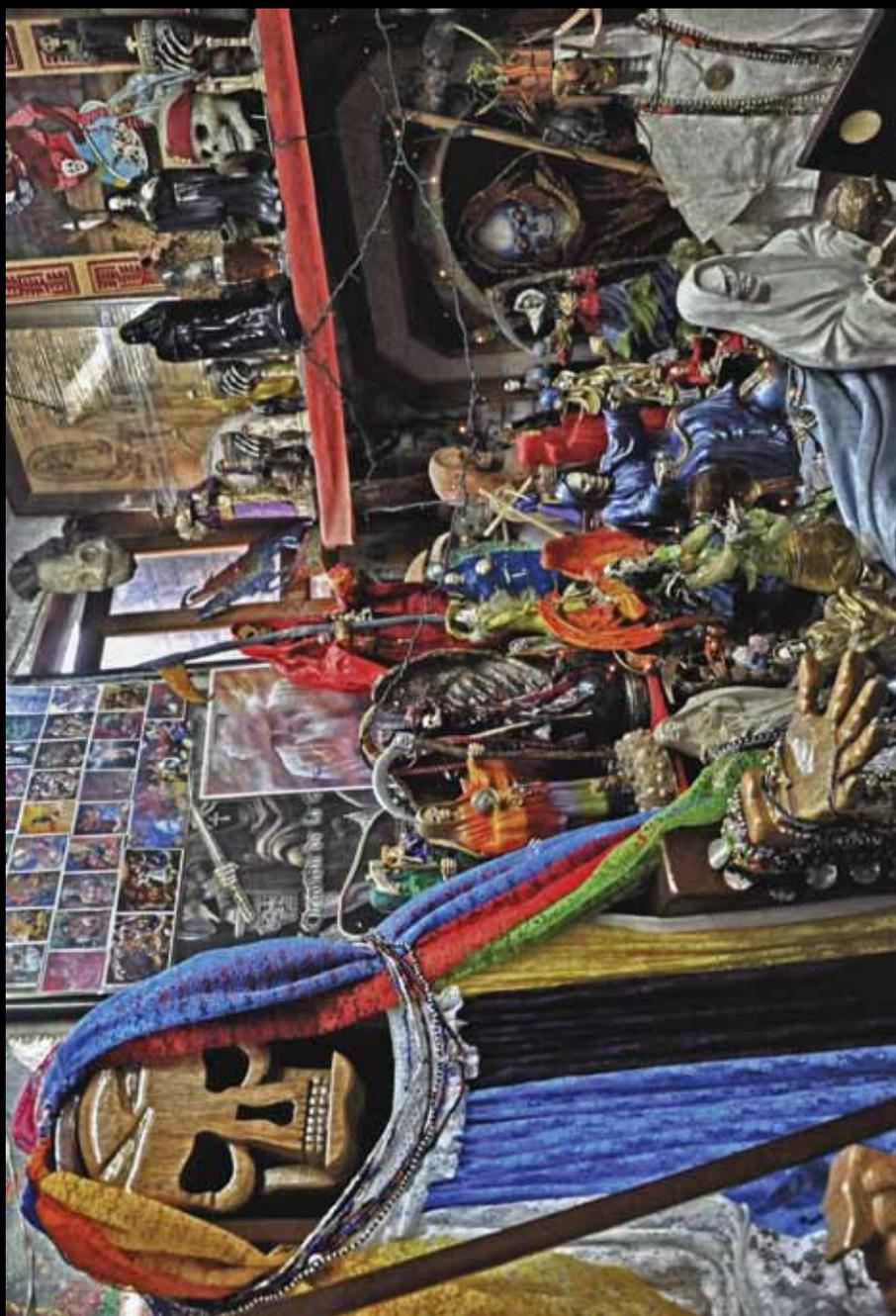
EL ALTAR





LOCAL DEL BARRIO TEPITO





ROSTROS EN SOMBRA

LO QUE HAY QUE HACER



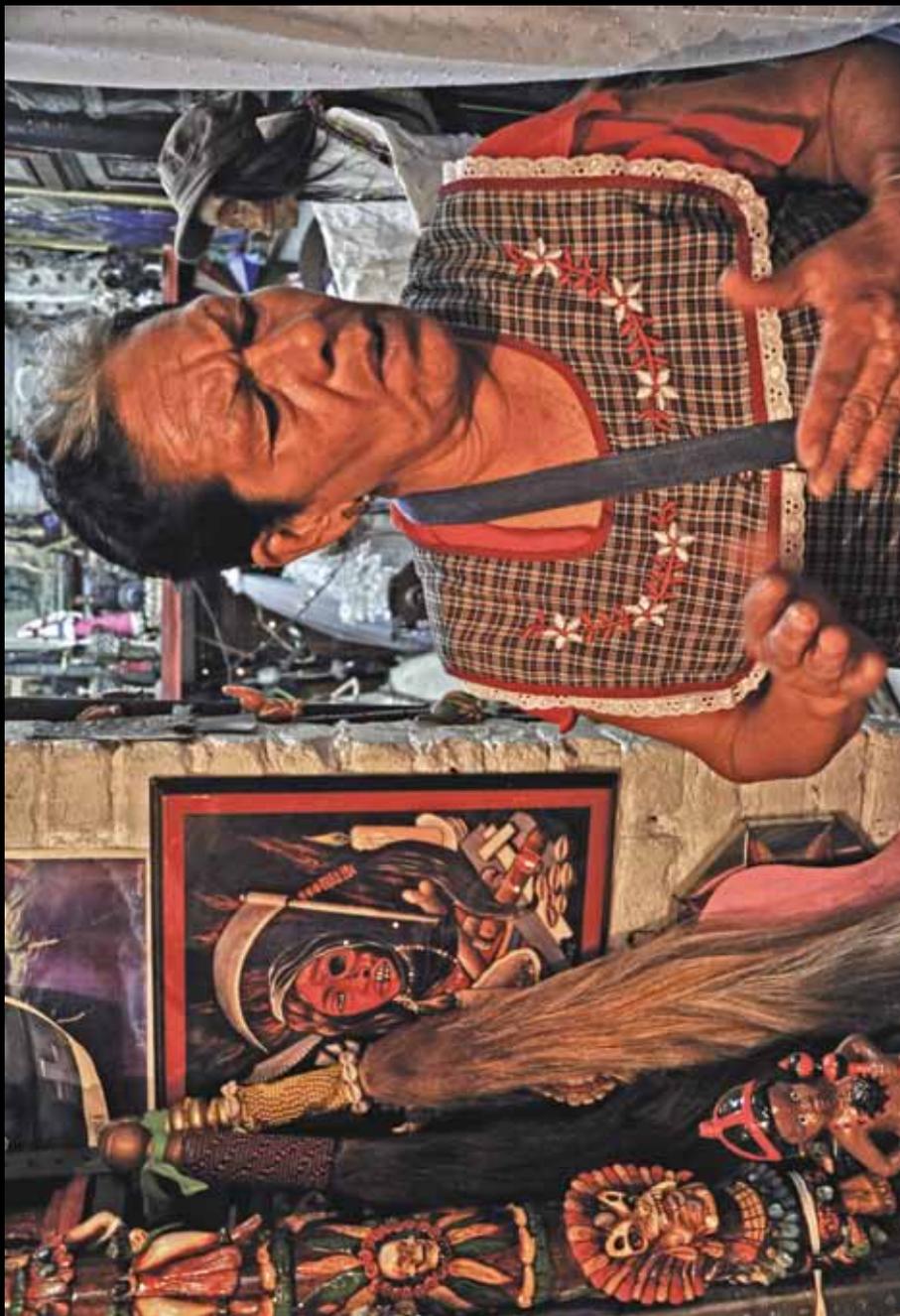


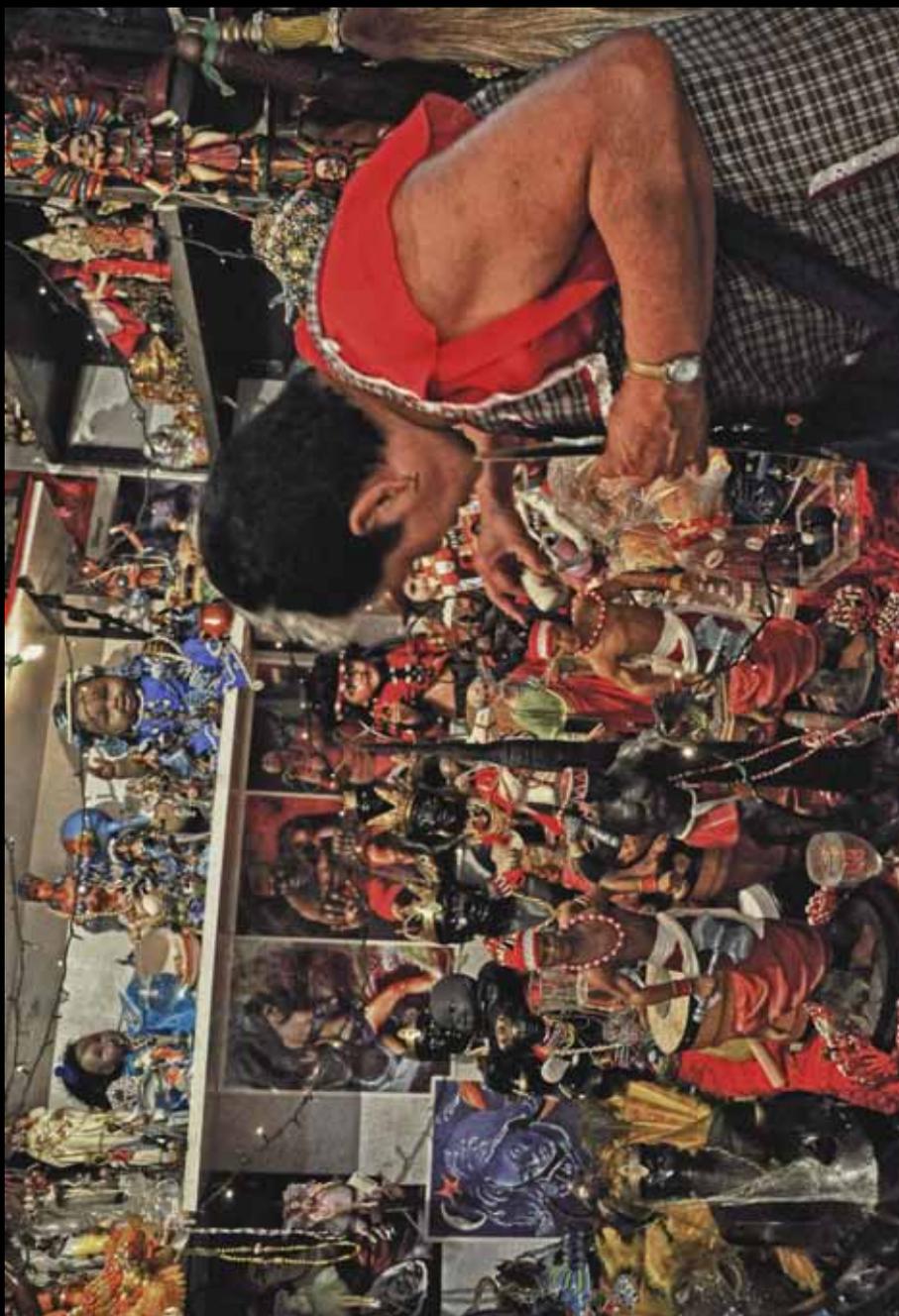
EJÉRCITOS





LA BELLEZA ESTÁ EN LOS DETALLES





CUIDADO



¿NOVIA?